

En un rápido y bien documentado repaso, Beatriz Barba de Piña Chan menciona en el prefacio de este libro algunos sitios y fechas de peregrinaciones que en el mundo mesoamericano se realizaban y que son el antecedente histórico y cultural de las actuales, ya sincretizadas con el cristianismo traído de Europa.

Apoyados en la *Relación histórica del Santo Cristo del Santuario y Convento de Chalma*, escrito en el convulsivo año de 1810 por el fraile Joaquín Sardo, los autores hacen una sucinta reconstrucción de los acontecimientos que permitieron la implantación del cristianismo y el surgimiento de un santuario católico en una región y un lugar sagrado donde antiguamente se rendía culto a una deidad mesoamericana, Ostoc Téotl, numen de las cuevas asociado, según la interpretación de diversos autores, con Tláloc y Tezcatlipoca.

De acuerdo con esta *Relación* fueron los frailes agustinos quienes iniciaron la evangelización de los indios ocuiltecas durante la tercera década del siglo XVI, recorriendo el accidentado territorio del Señorío de Ocuilan al que pertenecía Chalma. En ella se relata que en la cueva donde hoy se encuentra, significativamente, la imagen de San Miguel Arcángel, había un altar donde los indios tenían colocada la figura de Ostoc Téotl —u Oztotéotl, como sugiere Yolotl González— ante la cual ofrendaban los corazones y la sangre de infantes y animales sacrificados en un ambiente impregnado por el humo del copal.

En todo proceso sincrético se abre una gama de rechazos y adopciones que comprende desde las personas que han sido ganadas casi por completo a la nueva fe —digo casi porque siempre permanecerán



EL PUEBLO DEL SEÑOR

**MARÍA J. RODRÍGUEZ SHADOW
Y ROBERT D. SHADOW**

UAEM, HISTORIA/23, MÉXICO, 2000.

elementos culturales mesoamericanos que la distinguirán de su matriz europea— hasta quienes permanecerán durante largo tiempo practicando los antiguos cultos, sea en forma clandestina o abiertamente mediante una hábil simulación. Una vez abierto este abanico de intensidades, que obviamente se modifica a lo largo de la historia, sus protagonistas quedan colocados en distintas posiciones de poder. Quienes han asumido sinceramente la evangelización cristiana van a denunciar permanentemente a aquellos que aún practican ritos ancestrales y se resisten a aceptar los evangelios como la única religión verdadera.

De acuerdo con la leyenda piadosa —escriben los Shadow—, en vísperas de la Pascua del Espíritu Santo de 1539, dos frailes agustinos fueron guiados por algunos naturales hasta la cueva en que se llevaban a cabo “prácticas idolátricas”, donde en efecto hallaron evidencias del culto a Ostoc Téotl. El fraile Nicolás de Perea hablaba el ocuilteco y se dirigió a los indios diciendo que el ídolo que allí se adoraba no era Dios, sino el demonio que buscaba su perdición y su muerte eterna. Dijo, según refiere la *Relación* de Sardo, que no había más Dios que Jesucristo, hijo del Dios verdadero, quien vino al mundo para que todos alcanzaran, con el precio de su sangre, la vida eterna. Los indígenas que escucharon estas palabras pidieron un día de plazo para tomar una decisión. Al tercer día los frailes se encaminaron nuevamente hacia la cueva, llevando una cruz sobre sus hombros y acompañados por ocuiltecas que compartían su fe. Iban con la firme determinación de destruir la imagen de Oztotéotl y colocar en su lugar una Santa Cruz que ahuyentara al demonio, lo que quiere decir que vencido el plazo dado por los nativos éstos se habían negado a aceptar la nueva fe. Al llegar a la cueva les sorprendió constatar que el Dios cristiano “se les había adelantado”, que ya había reducido a fragmentos a Ostoc Téotl y en su lugar había colocado una imagen suya. El ambiente en la cueva había sufrido también un cambio notable, había flores y aromas agradables en lugar de animales y “sabadrijas venenosas como víboras, escorpiones y alacranes, inmundos compañeros del infernal maligno huésped que la habitaba”. El hecho de que el culto al numen prehispánico se realizara en el

interior de una cueva donde se permitía la proliferación de estos animales, además de algunas características rituales como el sacrificio y el ofrecimiento de sangre, sugieren su íntima asociación con las deidades del agua, la vegetación y el inframundo.

Fray Joaquín Sardo dice que esta maravillosa aparición, en la que abundan las flores, no hay que olvidarlo, se produjo en la Pascua del Espíritu Santo, es decir, el 8 de mayo, día en que se celebra la aparición del arcángel San Miguel, quien tiene su fiesta mayor el 29 de septiembre. Concediendo veracidad al relato de este clérigo, podemos pensar que los indígenas que fueron interpelados en el interior de la cueva por los frailes agustinos se preparaban para iniciar el ciclo agrícola rindiendo culto a una de sus deidades propiciatorias, de modo que el sincretismo que va a producirse a partir de este evento crucial nos remite también a las tareas agrícolas, pues entre principios de mayo y fines de septiembre, las dos fechas de San Miguel, ocurren las labores en el campo.

Volviendo al relato de la aparición de la imagen de Cristo en la cueva, los autores se refieren a este acto como al "método de la sustitución" que se utilizó frecuentemente en el territorio evangelizado. Lo que no sabemos y probablemente nunca sepamos es quién llevó a cabo esta sustitución, si los frailes agustinos o los propios indígenas evangelizados, precisión que no carece de importancia pues nos indicaría, o el grado de aceptación de la doctrina cristiana entre algunos indios, o el grado de violencia ejercida por los frailes contra los antiguos dioses en el proceso de conversión religiosa en la región.

A los crédulos oídos de Sardo –dicen María y Robert Shadow citando al fraile– la imagen del Cristo no pudo ser fabricada por manos humanas ni colocada por éstas en la cueva, "sino que fue formada por artífice más elevado, y puesta en el lugar por angélico misterio, sin otro concurso humano". Esta es, desde luego, la idea que sustenta la fe que en el Cristo tienen los cientos de miles de peregrinos que la visitan año con año para pedir o agradecer favores cumplidos.

Un siglo y medio permaneció este Cristo en la cueva sin sufrir mutilaciones o ataques de cualquier tipo por parte de los fieles que a ella acudían, lo que habla no sólo de la disposición de los indígenas para adoptar nuevas deidades, sino de los poderes que muy pronto se le atribuyeron a la nueva imagen. Después de todo, una figura humana sacrificada y sangrante, colocada en un sitio donde se practicaban actos rituales semejantes, no implicaba una ruptura radical con la concepción mesoamericana.

En el pensamiento sagrado es decisiva la forma, pero lo son más las fuerzas y poderes que esa forma apenas representa, quiero decir, los rostros de los dioses pueden cambiar, pero no la fe en las fuerzas que ellos gobiernan y que hacen posible la vida de los hombres. Si esto no fuese así el sincretismo, en cualquier parte del mundo, hubiera sido imposible y la fe se hubiese extinguido con la desaparición de las formas. La existencia de lo sagrado está garantizada en su transformación.

Los autores se preguntan si en los cimientos del santuario hay imágenes enterradas de Ostoc Téotl y dejan abierta la posibilidad de su existencia "toda vez que este fenómeno se ha observado en otros

lugares en los que se ha llevado a cabo esta violenta política de sustitución".

María y Robert Shadow escriben que la imagen del Cristo de Chalma que conocemos actualmente fue elaborada con las cenizas y restos carbonizados que pudieron rescatarse del original que se destruyó en un incendio a fines del siglo XVIII. Esta imagen, dicen los autores, es verdaderamente impresionante; "es la viva representación del sufrimiento, con la que sin duda se identifican muchos de los fieles que le rezan con fe".

Con mirada atenta los Shadow recorrieron las calles del pueblo, los alrededores y el interior del santuario para ofrecernos una descripción minuciosa que permite reconstruir desde la página tanto el ambiente de fervor religioso como el bullicio callejero que reina en este lugar durante las fiestas, que comprenden la feria de Reyes, la del Primer Viernes de Cuaresma, la Semana Santa, la Pascua de Pentecostés, la fiesta del 1 de julio que es la del propio Señor de Chalma, las ferias de San Agustín y San Miguel Arcángel y, finalmente, la Navidad, todas ellas descritas en el texto.

De la comida ofrecida al borde de la banqueta a los exvotos alineados sobre los muros del santuario, los autores nos conducen por los más diversos espacios del templo describiendo su arquitectura, sus pinturas e iconografía religiosas. Enumeran una docena de Cristos a quienes se les rinde culto en otras regiones y a los que habría que añadir los de Tepalcingo y Tepetlaxpa. Llamen la atención del lector sobre la creciente mercantilización de las fiestas, que ha tocado aspectos tan íntimos como la devoción de los "jurados", quienes a

cambio de una cantidad de dinero registran en un cuaderno sus promesas al Señor de Chalma y reciben una credencial que los acredita como fieles comprometidos con un juramento. Esto además de la gran variedad de artículos religiosos que están a la venta simultáneamente con las bebidas alcohólicas y, para quien lleve gusto y un poco más de dinero, las prostitutas. El salto de la devoción religiosa a la sexualidad profana que nos revelan los autores tal vez no esté exento de profundos vínculos que valdría la pena investigar. Su sola yuxtaposición es ya sugerente y atractiva. Por desgracia los estragos de la masificación de estas fiestas aparecen por todos lados —el más dramático ocurrió un miércoles de ceniza cuando murieron aplastadas 42 personas— sin que las autoridades civiles y religiosas hagan un esfuerzo por evitarlo: la basura lo invade todo y la falta de sanitarios gratuitos hace que "el pueblo de Chalma esté literalmente lleno de mierda".

Los autores establecen, de acuerdo con su trabajo de campo y sus fuentes, una tipología de las fiestas que se celebran en el santuario, distinguiendo tres formas de participación: la que se congrega en torno a las mayordomías, la individual y la de gestión clerical. En todas las fiestas las danzas cumplen un papel primordial debido a su carácter sagrado, a que son una forma de ofrendar y alabar a Dios, a que son, como los mismos danzantes les dijeron a los antropólogos, "una oración en movimiento". Por desgracia, en un número cada vez mayor de fiestas, las danzas destinadas a los santos patrones de los pueblos se van convirtiendo en simples espectáculos o en "bailables" escolares que

no tienen ya como destinatario a una entidad sagrada sino a una autoridad civil y un público visitante. Pero en Chalma estamos ante peregrinos que han caminado cincuenta horas, con muy breves descansos y con el propósito auténtico de ofrendar al Santo Cristo el sacrificio que esto implica. Muchos de ellos llegan al santuario de rodillas, otros cargando pesadas cruces que bajan de los cerros circunvecinos. No existen obviamente danzas prehispánicas, aunque sí es una costumbre prehispánica el acto mismo de danzar ante las deidades, lo que no deja de ser importante y significativo. Por sus nombres y su contenido todas parecen ser de origen colonial: Moros y Cristianos, los Vaqueros, Santiagueros, Cañeros, Arrieros, Las Pastoras, Danza Gitana, los Negritos, los Romanos, danza Azteca y Chichimeca.

Entre las fiestas descritas atrajo particularmente mi atención la Feria de Pascua de Pentecostés, celebrada del 12 al 19 de mayo. Durante esta fiesta se conmemora la Ascensión del Señor y comienza el cuarto jueves después de Semana Santa, coincidiendo con la legendaria aparición del Señor de Chalma. Los peregrinos asisten en esta ocasión a rendir culto a más de setenta cruces ubicadas en los cerros contiguos a la barranca donde se encuentra el santuario. Las cruces fueron colocadas en esas alturas con la finalidad de ahuyentar a los malos espíritus, al Diablo y a las brujas.

Los fieles inician su trabajo ritual el 12 o 13 de mayo, es decir, poco más de una semana después del día de la Santa Cruz, seguramente debido a que el día 3 se ocuparon de las cruces ubicadas en sus respectivos pueblos, barrios y colonias.

Estas cruces simbolizan la fe que sus dueños tienen en los poderes divinos y fueron colocadas por ellos como testimonio de un favor recibido, de una promesa cumplida. Son objetos sagrados en torno a los cuales se establecen vínculos de ayuda mutua y de compadrazgo. Año con año son objeto de culto y devoción pero también de mantenimiento y reparación. Cuando el desgaste las ha inutilizado se sustituyen por otras nuevas. Así habrán de conservarse a lo largo de la vida hasta que llega el momento en que se heredan a una persona que haya mostrado un respeto y una fe hacia ellas semejante a la de su dueño original. Cuando una persona hereda una de estas cruces está recibiendo un objeto cargado de un poder y una tradición que se remontan mucho más allá de las afinidades que tenía con quien le heredó. Del mismo modo, cada uno de los peregrinos que asisten a estas celebraciones, generan un ambiente de fervor religioso, de entrega emocional que va más allá del destinatario visible en turno, sea Ostoc Téottl o el Señor de Chalma.

El libro que María y Robert Shadow nos entregan ahora es de algún modo la culminación de al menos doce años de estudio y reflexión sobre las manifestaciones religiosas de este santuario, algunos de cuyos resultados fueron publicados o presentados en diversos congresos, de modo que este trabajo proporciona una visión de conjunto que integra a los textos anteriores dotándolos de un contexto más rico en información y propuestas teóricas.

Julio Glockner